

de las violaciones, ¿por qué Freud habría de tener miedo, habría debido silenciar una evidencia que gozaba de esa legitimación académica que hasta el día de hoy el psicoanálisis no ha logrado imponer sin grandes batallas? ¿No le hubiera sido justamente mucho más fácil sumarse al consenso, que romper con todos ellos y promulgar la hipótesis del inconsciente? ¿El descentramiento de la conciencia como sede del saber no se instituyó y sigue constituyéndose en una de las heridas narcisísticas más graves, que el conocimiento asestó a ese orden social, que Masson cree, que Freud se cuidó de atacar?

La segunda serie de argumentos acusatorios de la falta de coraje de Freud son los relativos al caso de Emma Eckstein. Masson sostendrá, apoyándose nuevamente en material hasta ahora desconocido, que Freud, en razón de su peculiar y compleja relación con su amigo y colega Wilhelm Fliess, nuevamente tomará partido por la etiología fantasmática de las hemorragias nasales de Emma —a pesar de las múltiples evidencias de su carácter orgánico—, para justificar la impericia médica de Fliess, responsable del olvido de un resto de gasa en la nariz de la enferma (!).

Finalmente, Masson aporta su traducción del original, de un trabajo leído por Sándor Ferenczi (1873-1933) —uno de los discípulos más allegados al maestro— en el Congreso Psicoanalítico Internacional de Wiesbaden, en 1932, que se titula *Confusión de lenguas entre adultos y el niño. (El lenguaje de la ternura y el lenguaje de la pasión sexual)*. En este estudio, Ferenczi no se limita a denunciar la existencia de las violaciones, sino que estudia pormenorizadamente los efectos psicológicos posteriores a la seducción. Según Masson, «nadie había hablado nunca en nombre de los niños seducidos con tanta comprensión y elocuencia». Habría sido justamente este matiz, el que produjo el rechazo de Freud a que se publicara dicho trabajo en el órgano oficial psicoanalítico —«International Journal of Psychoanalysis»— y que sólo en 1949 por iniciativa y traducción de Michel Balint, esto se produjo. Concluye Masson: «Es como si Ferenczi estuviera mostrando al mundo analítico cómo podía haberse desarrollado el psicoanálisis si Freud no hubiera abandonado la hipótesis de la seducción. Pero puesto que Freud la *había* abandonado, el artículo era una importante ruptura con la dirección que el psicoanálisis había seguido desde su nacimiento hasta ahora.»

Lo que el testimonio deja incólume

Y así el lector que esperaba encontrar una revolución del conocimiento, una novedad científica o al menos una idea de envergadura, llega al término de la indagación entre perplejo, decepcionado e indignado de haber sido arrastrado a participar como testigo en un estafalario juicio a Freud, al que se lo condena culpable por haber abandonado una teoría. Abandono que no se fundamenta ni en razones teóricas, ni clínicas, sino absolutamente personales, que nada tienen que ver con la ciencia.

Si Masson, seriamente cree que la causación de la histeria se halla en el abuso sexual, ¿por qué no intentar probarlo por los medios tradicionales —que en los años 80 son mucho más factibles que hace un siglo atrás—, iniciando una investigación estadística de los casos actuales de histeria, e indagando en ellos la presencia del

«acto violento» en su origen. Los recursos personales puestos en juego por Masson, para lograr ser aceptado en el cenáculo de los archivos, lo acreditan, sin duda alguna, para el éxito en lograr apoyo financiero para tal proyecto. Curiosamente, Masson se limita a la exhumación de documentos del siglo pasado sobre malos tratos a los niños. (En la entrevista con Janet Malcolm, Masson declara estar trabajando en un nuevo libro que se titulará *Actitudes hacia las mujeres y los niños en la Psiquiatría europea del siglo XIX*. Nueva York, 12 de diciembre de 1983), por lo que surge nuevamente el interrogante sobre cuál es entonces la cuestión en juego, ¿un real interés científico en dar cuenta de la histeria o un patético reproche a Freud, a los psiquiatras, en última instancia al padre por sus intenciones incestuosas? Porque Masson en tanto ciudadano americano no puede desconocer la labor de organizaciones profesionales como la American Orthopsychiatry, en la denuncia, estudio, tratamiento y prevención de todo tipo de violencia a los niños.

Por tanto, desafortunadamente —porque la teoría psicoanalítica sobre la histeria se halla lejos de su clausura— nada nuevo nos aporta Masson ni sobre su causación, ni sobre las razones de su peculiaridad: el ser la única neurosis en que la fórmula de la sexuación compromete hasta la nosología, ya que existe una histeria femenina y otra masculina. Y aún en el remotísimo caso que se llegara a demostrar que la teoría traumática tiene valor etiológico, este hecho sólo pondría en cuestión el carácter *universal* del fantasma para la producción sintomal, introduciendo la posibilidad de comenzar a pensar en causas múltiples, o por lo menos en una variedad o combinación de modos de producción sintomal. Pero lo que la más brutal de las violaciones no llega a conmover un ápice es el corazón mismo del descubrimiento freudiano: la existencia de la sexualidad infantil, su carácter esencialmente imaginario y organizado predominantemente en torno a la fantasía y el valor estructurante para el psiquismo del fantasma sexual. El elevar al «padre violador» a la categoría de causa única de la histeria no implica sino un colosal reduccionismo, la reentronización de un realismo ingenuo que otorga transparencia a los hechos, desconociendo lo que el propio psicoanálisis *sí* ha conmovido y aportado a la teoría del conocimiento: que la realidad no es una y que es necesario penetrar la dimensión simbólica que organiza todo contacto con lo real.

Lo que nuevamente llama la atención, no sólo del ideario de Masson sino de su persona es el hecho que siendo un hombre universitario que ha transitado los avatares del mundo académico no se haya interrogado sobre cómo es posible que el sánscrito —en tanto lengua muerta— obtenga el reconocimiento, mientras el psicoanálisis es una disciplina que todavía lucha por el logro de su legitimación académico-científica. Si tanta importancia otorga Masson a la violación como aquello «de lo que la ciencia médica preferiría no tener noticias», ¿no es éste aún el destino de la ciencia del inconsciente? ¿Cuál hubiera sido el reconocimiento médico-científico del psicoanálisis si Freud se hubiera inclinado por la tesis propuesta por Masson y no se hubiera dedicado a la reivindicación de lo invisible, aquello que para el discurso médico-psiquiátrico continúa siendo patrimonio de lo inverosímil?

Lo que el testimonio soslaya

Concluida la lectura, la esperanza se desvanece porque habíamos coincidido con Masson en considerar al psicoanálisis atacado de una enfermedad congénita, es decir, ligada a los orígenes. Pero el testimonio aportado no hace sino soslayar y profundizar una problemática crucial del psicoanálisis actual, que es, en mi opinión, su supervivencia como ciencia. En el dominio de las ciencias exactas el progreso o evolución se mide en base a las sucesivas refutaciones y comprobaciones; el terreno de las ciencias sociales es mucho menos preciso, pues los hechos mismos son delimitados por las teorías que los definen, pero aún así la evolución se hace contrastando ideas, supuestos, teorías, no personas.

Pues bien, en el psicoanálisis las ideas o las teorías parecen no poder abstraerse y permanecen ligadas, vinculadas por lazos de sangre con aquellos que les dieron a luz. De este modo, el psicoanálisis será freudiano, kleiniano, lacaniano, jungiano, de acuerdo a la marca de origen. Esto entorpece, esteriliza de tal manera el debate, la confrontación, el procesamiento del conocimiento, pues no se trata de esto, de ideas en juego, sino de un pasional y tormentoso duelo familiar: se está con Freud o contra Freud. Toda innovación, disidencia o renovación es concebida como rebeldía contra el padre, herejía o profanación a la doctrina, en última instancia como una cuestión de relación con la palabra del maestro. Quizá no exista disciplina que después de un siglo de existencia dependa casi exclusivamente de la palabra emitida por su creador. El psicoanálisis es lo que Freud formuló, sugirió, rechazó o, como ahora agrega Masson, a lo que Freud renunció.

Desafortunadamente, Masson no hace más que repetir el diabólico designio del modelo más ortodoxo y queriendo —al menos en lo manifiesto— contribuir al progreso del psicoanálisis no hace sino profundizar y reposar esta enfermedad familiar. Uno se pregunta por qué Lacan —pensador privilegiado, aun rompiendo con el establishment psicoanalítico y constituyéndose en una oveja negra de la Internacional— al igual que Masson, pero por muy diferentes razones, para plantear sus innovaciones —en algunos puntos radicales y absolutamente discrepantes con el pensamiento freudiano— lo hace bajo la bandera del «retorno a Freud». ¿Por qué los psicoanalistas no podemos sostener el debate en términos de la primera tópica, o de la posición depresiva o del significante a secas y antes de emitir la primera palabra, debemos situarnos por medio de contraseñas para saber hijo de quién somos? ¿Cómo explicar que un saber que estudia y sitúa la ley en tanto norma social, no puede dejar de personalizarla y erigir, sin descanso, un amo idealizado a quien obedecer? ¿Por qué Masson si sospecha el valor de la seducción real en la etiología de la histeria, no persigue su demostración en lugar de interpelar al padre por no haberlo hecho?

Pero no es mi intención recaer en la improcedencia de Masson e iniciar ahora desde mi despacho y ante su libro, un psicoanálisis a distancia de las razones que lo movieron a preferir el escándalo periodístico o el fenómeno editorial a la investigación científica, sino reflexionar sobre cuál es el efecto Masson sobre el saber del psicoanálisis. Ninguno sobre el edificio teórico, ya que a pesar de los titulares del «New York Times» (*El Watergate de la Psique*), o de «El País» (*El Psicoanálisis en la*

Picota), al cuerpo de la doctrina no le hace mella. Probablemente *sí*, sobre el saber profano, quien solícitamente solicitado por la curiosidad, potenciará el «collage» de confusión, descrédito o prejuicio sobre ese esoterismo llamado psicoanálisis trocado de la noche a la mañana en el lobo de Caperucita Roja.

En descargo de Masson

Pero, sin embargo, lo fallido del intento de Masson no radica, en mi opinión, en la reificación de un realismo ingenuo, sino en la absolutización, en el totalitarismo de su discurso que erige la seducción real como *la y única* causa de la histeria. No sólo la metodología empleada —la exhumación de documentos inéditos— se muestra insuficiente e incoherente para la demostración de su tesis, sino y sobre todo, las características de su discurso. Pero acaso la hiperpresencia del discurso megalómano, ¿no es un lugar común del campo psicoanalítico? ¿Podríamos aventurar que la aberrante reivindicación de Masson de la seducción real se constituye en síntoma de la imperiosa necesidad de teorizar adecuadamente *un lugar posible para lo real* en la causación de la neurosis? La vigencia y aceptación acrítica en los medios psicoanalíticos europeos y latinoamericanos de posturas que equiparan el Yo y la conciencia como lugar del desconocimiento, de la máscara con el sujeto epistémico de la ciencia, conduce a grandes sectores de intelectuales a una guerra santa contra toda forma de racionalismo. Que el discurso científico tenga como objetivo un saber universal que trascienda al individuo y que esta estrategia pueda ser utilizada privilegiadamente por muchos sujetos para desentenderse de la realidad de su inconsciente, no es razón suficiente para decretar la totalidad del discurso científico como erróneo, porque en él el sujeto del inconsciente se haya soslayado.

Que los medios universitarios y académicos, o sea, la «ciencia viva» no hayan terminado de otorgar la carta de ciudadanía al psicoanálisis y que éste aún deba batallar duramente, tanto en su propio campo con otras disciplinas que se arrogan la exclusividad científica (por ejemplo, el conductismo), como con las ciencias exactas para que su metodología pase el examen de la rigurosidad, tampoco acredita a los psicoanalistas para lograr un espacio científico a costa del descrédito o la descalificación del resto del saber instituido. ¿La epistemología francesa no es, entonces, equiparable en este punto con la postura de Masson en su totalitarismo de considerarse la única válida?—EMILCE DIO BLEICHMAR (*Avda. San Luis, 93, 5.º G. 28033 MADRID*).